



XXI.

LA MARINA DEL DUQUE DE OSUNA.

1611-1620.

Don Pedro Téllez Girón.—Su concepto de la marina.—Es nombrado Virrey de Sicilia.—Armanaves y galeras suyas.—Sirven de modelos.—Cruceros atrevidos hasta el fondo del Mediterráneo.—Hacen estragos en Túnez y en Turquía.—Vencen en todos los encuentros.—Paralelo con las jornadas del príncipe Filiberto de Saboya.—Coarta el Gobierno las operaciones.—Condena el corso y se sirve de él.—Batalla memorable en cabo Celidonia.—Seis naves contra 55 galeras turcas.—Entran los galeones del Duque en el Adriático.—Castigan la soberbia de Venecia.—Conjuración.—Liga de los príncipes cristianos.—Expedición estéril del príncipe Filiberto.—Acaba la marina de Osuna.



ENGO sometido á la censura pública, con título de *El gran Duque de Osuna y su marina*, un libro ¹ en que desarrollé con bastante extensión los sucesos marítimos en el Mediterráneo durante el período de 1611 á 1624, emitiendo juicios, bosquejando biografías, transcribiendo documentos inéditos ó relaciones raras, y poniendo por final bibliografía de lo que pudiera interesar. Repetir lo apuntado me parece ocioso; resumiré lo estrictamente necesario para que en esta obra más nueva no se pierda la ilación histórica; queda al curioso campo donde examinar lo que le plazca.

Aparece el Duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, como hombre de excepcional capacidad, de envidiables luces naturales, avivadas con el estudio y la comunicación de otros

¹ Impreso por los Sucesores de Rivadeneyra. Madrid, 1885, 8.º, 458 páginas.



hombres de nota, en Flandes, en Francia, en Holanda y en Inglaterra; en estas dos últimas naciones sobre todo, donde se propuso investigar el origen con las causas de su rápido crecimiento á expensas de los españoles; y una vez formada la convicción, demostrar, como llegó á hacerlo á su tiempo, que si España no dominaba el mar ni tenía siquiera marina, no era porque careciera de gente apta ni de elementos materiales, sino por falta de gobernantes que supieran para lo que la marina sirve y la echaran en el platillo de la balanza europea cuando llegaban ocasiones.

Un arranque de oratoria ante el Consejo le valió nombramiento de Virrey de Sicilia, por atreverse á decir que el Rey no tenía de la soberanía de la isla más que el título, disfrutando el usufructo los corsarios turcos, y que mantenía un representante, gacetero de la Corte, para avisar desembarcos, incendios de ciudades y asaltos de castillos.

Investido con la autoridad que deseaba á principios del año 1611, haciéndola sentir desde el momento en el terreno estimado campo franco de guapos y espadachines, se valió de la primera jornada naval, dirigida por instrucciones de la Corte, para ir dando curso á sus opiniones.

Se reunieron en Mesina, á las órdenes del Marqués de Santa Cruz, sus galeras de Nápoles, 12 en número; 10 de la escuadra de Génova, siete de la de Sicilia, cinco de Malta, teniendo por objeto hacer esclavos para remeros. El 27 de Septiembre del año dicho llegaron unidas á la isla de los Querquenes; pusieron en tierra un tercio de infantería con 50 caballos ligeros, y avanzaron en tres escuadrones, hallando los casares abandonados. Los moros se habían ido á una isleta contigua, en que estaban fortificados; y siendo preciso esguazar el canal para atacarlos, murieron tres capitanes y varios caballeros, pérdida no compensada con la prisión de unos 500 alárabes y del ganado vacuno que admitieron las galeras ¹.

¹ Papeles relativos á la jornada de los Querquenes. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XLIV.



Don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna.





El Duque adoptó el método intuitivo para propaganda eficaz de las ideas, haciendo construir por su cuenta dos galeras, capitana y sencilla, que pudieran servir de comparación con las de la escuadra real, sin perdonar gasto ni cuidado en la fábrica ni el armamento. No tenía que embarazarse con expedientes, informes ó consultas, ni que atenerse á reglamentos ó trámites de contadores: las galeras eran suyas; iban á navegar con su bandera privativa, y estaba á su arbitrio la elección de capitanes, juntamente con el personal que le pareciera. Esto sin perjuicio de celar el orden de las otras, en las que encontró, según escribía al Rey, con sueldo niños de teta, y sin él los soldados y marineros, á quienes se debían treinta pagas. «Hago diligencia, añadía, que toda la chusma coma y beba tan buen pan y vino como los criados de mi casa, no costándole á V. M. más que el vino que se les daba por lo pasado; con que de doscientos y trescientos enfermos que solía haber dellos, no habemos tenido el año pasado y éste sino ocho ó diez.»

Con sus prevenciones, obtenido del Parlamento de Messina subsidio extraordinario, despachó, al mando de D. Antonio Pimentel, seis galeras á sorprender á los corsarios que en el puerto de Túnez, guiados por un renegado inglés, disponían escuadra con que saquear en las costas de las Indias occidentales. La expedición se hizo muy bien; llegaron las galeras á la boca del puerto, donde fondearon sin ser vistas, y á media noche entraron de improviso las chalupas con 100 soldados provistos de artificios: los arrimaron á las naos, y siete ardieron por completo, echándose al agua los moros espantados. Aprovechando la confusión y el pánico, sacaron los nuestros á remolque el mejor navío, de 1.000 toneladas, y otros dos menores. Verificóse la función la noche del 23 de Mayo de 1612.

Al salir á la mar con las presas, encontraron á siete galeras de Nápoles que duplicaban la fuerza. También de noche acometieron todas á Biserta, donde los tunecinos acababan de establecer atarazana con grandes almacenes. Todo lo abrasaron después de saquear, con escasa pérdida, aunque,



lo mismo que en Túnez, hizo el fuerte disparos de artillería; los muertos no pasaron de 10, calculándose en 500 los de los enemigos. Tal resultado suelen dar las sorpresas nocturnas cuando salen bien.

Trataron los turcos de desquitarse sorprendiendo á su vez nada menos que al puerto de Mesina, y les resultó muy mal la cuenta; perdieron dos naos, una presa que habían hecho de bajel de Cartagena, dos galeras, tres galeotas y 500 hombres, bajando sus bríos, al paso que los ánimos se levantaban en Sicilia.

Estas acciones no eran otra cosa que ensayos con que preparaba Osuna las de importancia; quería dar seguridad de su propia fuerza á la escuadra, y confianza en el general don Octavio de Aragón, que había elegido y que dejó perpetuo renombre en los mares de Levante; deseaba al mismo tiempo disponer de bajeles de vela, porque ya por todos lados se empleaban, rebajado el concepto de las embarcaciones de remo, y contaba con dos galeones nuevos armados para inculcar la máxima de que un navío de guerra, si ha de cumplir con la misión á que se destina y llevar con honra la bandera, ha de salir del puerto con la certeza de no encontrar de su misma clase y porte ningún otro superior en marcha, en fuerza ni en manejo.

Don Octavio de Aragón hizo en Chicheri, costa de Berbería, desembarco; tomó el castillo, con el Gobernador herido y muerte de 800 moros, completando el triunfo con incendio de cuatro navíos en el puerto. Fué con ocho galeras reforzadas al archipiélago griego, sabiendo que por allá andaba Mahomet-Bajá con 12 cobrando los tributos, y atacándolas sin vacilación rindió á la capitana y á seis más, llevándolas á Mesina por testimonio de victoria, sin superior en las circunstancias.

¿Qué no podría emprenderse en Turquía con fuerzas de consideración, visto el resultado de estas pocas? El Duque propuso á la Corte una jornada que aprovechara las disensiones de los otomanos, y se aceptó para inauguración de servicios y honra del Capitán general de la mar, recientemente nombrado.



Emmanuel Filiberto de Saboya, hijo del duque Carlos Manuel y de la infanta Catalina, sobrino carnal del rey don Felipe III, por tanto, vino á Madrid por segunda vez en 1610 á manera de rehén que moderara la conducta ambiciosa de su padre. Como prenda de reconciliación se le confirió en 1612 el cargo importante, no provisto desde la muerte de Juan Andrea Doria, con título igual al que tuvo D. Juan de Austria, con atribuciones quizá más amplias, porque se cercenaban las propias del Capitán general de la costa de Andalucía y las del Capitán general de las galeras de España. Se creyeron por ello agraviados el Duque de Medina-Sidonia y D. Pedro de Toledo, promoviendo reclamaciones y memoriales, por los que se advertía que el respeto á la condición de príncipe de la sangre en Filiberto no superaba á la antipatía de su persona ¹.

Mientras se disponía á la navegación, trató el Sultán de vengar los daños experimentados enviando á Malta armada y ejército; pero no tardó más en saberlo el Virrey de Sicilia que en despachar á D. Octavio de Aragón con las galeras por la costa opuesta, reembarcándose entonces los enemigos con tanta precipitación que abandonaron artillería y bagajes, y persiguiéndolos á fuerza de remo logró todavía D. Octavio alcanzar á la retaguardia, echar á fondo una galera y abordar otra, que rindió, con 500 turcos y 70 esclavos cristianos; victoria no menos satisfactoria que las anteriores, por cuanto libró á los caballeros de San Juan de gran peligro y se sobrepuso á los soberbios mahometanos con fuerzas tan inferiores ².

La llegada del príncipe Filiberto á Mesina no correspondió á los deseos de verlo: llevaba 20 galeras; pero qué armamento. El Príncipe mismo no supo disimular la pena de la comparación con aquellas del Duque, pagadas al corriente, provistas con lujo, mientras que las suyas ni lo necesario tenían. De todos modos llegaban á 55 las reunidas, número

¹ Correspondencia. *Colección Navarrete*, tomos xxxi y xxxvi.

² Relación impresa en Sevilla.



suficiente para cualquiera empresa á juicio del Virrey, que proponía se atacara á los turcos en sus fuertes, contra el parecer de los recién llegados.

Envió por delante al capitán Pedro Sánchez con su capitana, y por otra parte, con dos galeras reforzadas, á D. Diego Pimentel, teniente general de las de Nápoles, á fin de tomar lengua y reconocer la posición del enemigo. No pudo hacerlo; doblando una punta á nueve millas de Navarino topó de improviso con otras dos turcas, siendo inevitable el encuentro. Al primer disparo echó abajo la entena de una de ellas, quedando tan embarazados los genizaros, que en menos de una hora la rindió; abordaron entonces las dos cristianas con la misma suerte, aunque con más sangrienta disputa. Los prisioneros fueron 300, 400 los redimidos, grande la gloria del triunfo, resultando ser las presas las capitanas de Alejandria y de Damietta; mas el gozo se aguló porque, al ruido de los cañonazos, salieron de Navarino tres galeras á boga arrancada hacia el sitio del combate, ganando pronto camino sobre las de Pimentel por llevar á remolque las rendidas. Los soldados querían abandonarlas, observando que otras más seguían; no lo consintió D. Diego, amenazando de muerte al que tocara á los cabos; y consiguiendo aguantarse á distancia hasta que anocheció, con la obscuridad burló el rumbo y pudo entrar en Mesina, arrastrando por el agua los estandartes de Mahoma.

Utilizando las noticias obtenidas de los prisioneros marchó toda la armada sobre Navarino á las órdenes del Príncipe. Se presagiaba señaladísima acción, ó el intento al menos, á favor del prestigio moral adquirido. Nada hubo; el Príncipe ordenó la retirada sin disparar un cañonazo y dió vuelta á Mesina.

Desde entonces no pensó el Duque de Osuna en solicitar refuerzos ni en proponer á la Corte planes formados con la mejor intención, utilizando el espionaje, que le informaba de cuanto ocurría. Tenía insinuados los de aniquilar la armada turca, pidiendo la cooperación de las galeras del Papa, Malta, Toscana y Parma, y principalmente el de favorecer la sublevación de los griegos y ayudar á su independencia, lo que



podría hacerse sin mucho coste y con incalculable resultado político. Un proyecto para construir bajeles redondos y dedicarlos al corso, fué desechado como los demás. En asuntos de marina era en los que mayor resistencia á los gastos encontraba y en los que menos se escuchaban las recomendaciones. Determinó por lo mismo fabricar por su cuenta dos navíos, de 46 piezas el uno, de 20 el otro, para que, formando escuadra con un patache y las galeras, fueran al mando de D. Octavio de Aragón á llevar armas y municiones á los mainotas y á correr el archipiélago. Los mercaderes sicilianos le ofrecieron cuanto dinero hiciera falta; la juventud acudió solicitando puesto para una campaña que prometía, y dió en efecto buen resultado, lograda entre las presas la de una flota de diez caramuzales en viaje de Egipto á Constantinopla.

En Madrid no produjo tan buen efecto la nueva, murmurándose de la resolución y de las ganancias del Duque. Dicitóse de resultas orden que parecía de generalidad, prohibiendo á los particulares el corso; Osuna contestó que la obedecería, aun cuando le parecía que se favorecía con ella á los turcos y había de quedar muy comprometida la navegación de los cristianos, y pidió á seguida, con mucho respeto, ya que estaba cumplido el plazo del virreinato, se nombrara persona que supiera servirlo mejor.

Los considerandos del Consejo al consultar la reprensión eran conformes con el concepto tradicional de la corona de España, contrario al empleo de un medio de guerra abusivo é inmoral en la práctica. Poco antes, en 1606, se había negado al Marqués de Santa Cruz la autorización que pedía para armar navíos de su cuenta ¹, por más que tratándose de turcos y moros no se desconociera que en el corso tenían la savia alimenticia y con él poblaban las galeras, despoblando nuestras costas y poniendo á contribución y rescate á los pueblos marítimos de Europa.

Las naves del Duque de Osuna no tenían de corsarias más

¹ *Colección Sans de Barutell*, art. 4.º, núm. 1.365.



que el nombre y la bandera; regíalas un general, llevaban capitanes é infantería española sujeta á la disciplina militar, y sus campañas pesaban solamente sobre el azote del nombre cristiano; pero los que se llamaban hombres de gobierno en Madrid preferían á este Virrey de iniciativa los que, dóciles á la indicación, se acomodaban á convertirse en instrumentos, y así ordenaban que estuviera á la defensiva sin distraer las fuerzas organizadas, atendiendo á que «la infantería española no quiere S. M. que se acostumbre á piratear, ni conviene; ni que con nombre suyo ni de sus ministros se inquieten las naves de mercancía que van á Levante, ni se hagan presas allí en navíos de turcos, pues en ellos se toman niños y mujeres, y pocos ó ningunos esclavos útiles para el remo.....»

Se hubiera admitido, pues, con mucho gusto la dimisión de Osuna, y para ello se elevó propuesta al Rey, á no llegar, antes que se resolviera, nueva cierta de armar el turco, sin contar cosa que oponerle aún *en defensiva*; enojado el príncipe Filiberto por desatenciones ¹, y en difícilísima postura por la declaración de guerra de su padre; el Marqués de Santa Cruz, con todas las galeras, expugnando á Villafranca, Marro y Oneglia, hasta entrarlas; el litoral de España tan sólo, que á vista de Barcelona batió la patrona real á un navío de Argel ². Por todo ello hubieron de transigir los ministros guardianes de la moralidad política, trasladando á D. Pedro Girón al virreinato de Nápoles, donde iba á ser necesario, con órdenes ambiguas que anulaban á las anteriores, dándole muchas gracias por haber despachado á Levante sus buques y hecho nuevas presas de corsarios, encomendándole, en fin, que celara las prevencions de los enemigos.

Hizo el Duque la entrada en Nápoles en su propia escuadra, contando por despedida de Sicilia con hechos de brillo, como se calificaron la rendición de la capitana de Asan Mariol en aguas de Grecia; el combate de Francisco Rivera, capitán cuyo nombre había de sonar mucho, con dos galeo-

¹ Colección Sans de Barutell, art. 4.º, números 1.416 y 1.426.

² Balaguer, *Historia de Cataluña*.



nes tunecinos de 40 y de 36 piezas, librando al suyo con 42 balazos á lumbre de agua, aparte los de arriba, pero sin más de tres muertos y 30 heridos, por lo que se arriesgó á entrar en la Goleta y á tomar á cuatro navíos corsarios de á 18 y 20 cañones cada uno, bajo los fuegos del castillo; la captura de caramuzales que conducían á la guarnición de Alejandría 700 genizaros, de los que murieron en la acción 340, quedando cantivos los restantes.

Al tratar de la manera singular con que el Duque se conducía, dije en mi libro citado, y repito con convicción: «No alabo en esto los actos del Virrey, ni juzgo la latitud que daba á sus atribuciones, ó la iniciativa con que corregía desaciertos de origen superior; narro sencillamente los sucesos, confir-mándome en que al proceder con un desembarazo sin precedentes, sosteniendo correspondencia diplomática con príncipes extranjeros, tratando de la paz y de la guerra, imponiendo tributos nuevos, conduciéndose, en una palabra, como soberano independiente en cierto modo, conocía bien el rodaje de la gobernación española y debía de tener entre él algún resorte ó muelle que ayudara con la superioridad de su talento á desviar los obstáculos en que tropezaba su ideal, si ambicioso de gloria y riqueza, evidentemente grandioso y patriótico.»

Preñado de amenazas estaba el horizonte político de Italia en los momentos de cambiar de cargo, habiendo desplegado los venecianos las alas y empujado á Savoya contra España al tiempo que ellos atacaban al archiduque Fernando en las posesiones del Adriático. El nuevo Virrey de Nápoles se preparó, construyendo más galeones; muchos no quería, si excelentes, y los tuvo pronto. Aquellas dificultades que la administración oficial encontraba para enviar á la mar cualquier escuadrilla, la carencia de marineros, la falta de pertrechos, la mezquinidad de raciones no existían para el Duque de Osuna; al contrario, tenía de sobra y elegía lo mejor, lo mismo entre soldados y aventureros que entre la gente de mar que de todas partes le acudía, dispuesta á dejarse matar á cambio de la consideración, comodidad y ventajas que



encontraba. No era otro el secreto de los prodigios que hacían los bajeles de Osuna.

Inauguró la campaña de 1616 despachando su escuadra de vela á cargo de Francisco de Rivera, con esta composición: *Concepción*, capitana, de 52 cañones; *Almiranta*, de 34, al mando del alférez Serrano; nao *Buenaventura*, de 27, alférez Iñigo de Urquiza; nao *Carretina*, de 34, alférez Valmaseda; *San Juan Bautista*, de 30, D. Juan de Cereceda; patache *Santiago*, de 14, alférez Garraza. Entre todos se distribuyeron 1.000 mosqueteros españoles. Las instrucciones mandaban llegar hasta el fondo del Mediterráneo, buscar por cualquier parte á la armada turca, batirla, hacer en tanto el daño que se pudiera.

No era la escuadra, como se ve, de número y fuerza que pudiera asustar al Imperio; el encuentro se debía esperar, por tanto, siendo Rivera soldado de los que cumplen á la letra las órdenes recibidas sin pararse en inconvenientes. Habiendo recalado sobre Chipre y dejándose ver de Famagusta y otros puertos en que hizo presa, estableció crucero en el cabo de Celidonia, cierto de que allí le buscarían.

Poco tuvo que esperar: al tercer día, el 14 de Julio, se aproximaron 55 galeras otomanas en su formación acostumbrada de media luna, viniendo derechamente á envolver á las naves. De éstas separó Rivera dos como reserva, uniendo las otras cuatro, proa con popa, ciñendo el viento con trinquete y gavia. Empezó el cañoneo á las nueve de la mañana, durando hasta la puesta del sol, hora á la que los turcos se apartaron. Ocho galeras habían escorado, ó dado á la banda, indicación de haber recibido balazos bajo la lumbre de agua y de estarlos reparando. La noche pasaron con fanales encendidos, sin perderse de vista.

El siguiente día se arrimaron las galeras á tiro de mosquete y se determinaron á abordar, embistiendo dos grupos á la capitana y á la almiranta; pero al sufrir el fuego de enfilada fué tanto el estrago, que al momento se desasieron y retiraron. Viéronse, como el día anterior, 10 galeras muy averiadas tapando agujeros.



Vino en el día tercero á continuarse el combate con intervalos de descanso. Dos veces volvieron á intentar los turcos el abordaje, llegando á meterse bajo la artillería; pero el patache, situado por la proa de la capitana con este objeto, las flanqueó ventajosamente, desalojándolas; una se fué al fondo; dos salieron sin árboles; 17 malparadas; las demás reconociéndose vencidas, pues abandonaron el campo de batalla, desapareciendo de la vista.

El combate de cabo Celidonia tuvo resonancia entre los que hacen época y ejemplar de enseñanza, volando por Europa la nueva y los comentarios de la gente náutica. Suponiendo que las galeras no montaran más que cuatro piezas gruesas en la proa (que serían más), sumaban 224 en disposición de emplearse á voluntad con la impulsión de los remos, mientras que la escuadra española tenía 95 en cada banda, y con que llevaran sólo las dichas galeras á 200 hombres de combate, juntaban 11.200 contra los 1.600 de Rivera. Para el abordaje daba ventaja á los galeones la mayor altura de los costados, y al intentarlo debieron de sufrir los turcos daño considerable. En el parte de Rivera no se dice fuera echada á fondo más de una galera; en otras relaciones se afirma fueron cinco, y que otras dos se volaron. Corrió por Italia la voz, quizás exagerada, de haber muerto 1.200 genizaros, y de chusma y marinería, pasados 2.000; bien se entiende no serían turcos los que lo dijeran. Por nuestra parte hubo 34 muertos, 93 heridos graves, muchos leves de astillazos, quedando los galeones destrozados, sin palo ni verga entera, la jarcía cortada; los vasos como grilleras, teniendo que llevar remolcados á la capitana y al patache.

Razón había para el aplauso general tributado al Duque de Osuna, pensando lo que hubiera ocurrido en Calabria ó Sicilia de llegar á las costas las 55 galeras turcas con más de 12.000 hombres de desembarco que llevaban. La generalidad cantaba la victoria de seis bajeles contra 50 ó 60; no veía otra cosa, satisfecha la vanidad nacional; los ministros, cualquiera que fuese su disposición hacia el Duque de Osuna, tenían que admitir la evidencia de haber librado al reino de conflicto



gravísimo con la resolución deliberada de retar al turco en sus aguas y cortándole las alas, demostrando que «de poder á poder, bastaba el de un vasallo del Rey de España á pelear con el suyo»¹. Tampoco fuera cuerdo ir contra la opinión general, excitada con el suceso; de forma que sin recuerdo de las prevenciones de atrás, órdenes conminatorias y condenación del corso, enviáronle despacho de S. M. con expresivas gracias, distinguiendo de paso á Francisco de Rivera con título de almirante y hábito de Santiago. Bien lo merecía².

Tuvo desde entonces el Duque galeones en el Archipiélago, favoreciendo á los griegos y poniendo en continua alarma á las guarniciones otomanas, con más al saber que había salido de Constantinopla el famoso renegado calabrés Azán con 12 galeras; envió á su encuentro 10, que así daba á entender el desprecio en que tenía á los turcos, sin engañarse en el resultado. En combate que duró dos días con ensañamiento, sólo tres de las enemigas escaparon; cinco fueron apresadas; dos destruidas, recobrándose dos navíos genoveses que se llevaban.

Por otro lado, no queriendo tener ociosa á la gente en invierno, como se acostumbraba, despachó el 12 de Octubre á D. Octavio de Aragón con nueve galeras á sus costas, pasando por Candía, Corón, Modón y Negroponte, hasta dar vista y cañonear en són de mofa á Constantinopla con ardid notable. Era de noche: salieron del puerto tras de las españolas 30 galeras, y las primeras tomaron el viento en popa, que era recio, apagando los fanales sin que quedara más que

¹ Carta del Duque.

² De la batalla naval de Celidonia, que, según Gil González Dávila, tuvieron por prodigiosa los del tiempo, se publicaron en España varias relaciones, é inspirándose en el asunto escribió el poeta Luis Vélez de Guevara la comedia titulada *El asombro de Turquía y Valiente toledano*, con elogio encomiástico, que entre otras frases dice:

«Ese que hiciste capitán famoso,
Ese que el mundo por edades nombre,
De cuyo aliento Marte está envidioso,
De cuyo nombre tiembla cualquier hombre,
A quien se debe el triunfo victorioso,
A quien se le atribuye por renombre
Ser vencedor de aquesta acción primera,
Ya sabes que es el capitán Rivera.»



el de la capitana, la cual ordenó que las otras ocho navegaran la vuelta de las Fornas, mientras seguía rumbo distinto algunas horas. A su tiempo apagó la luz, arribando sin ser vista y juntándose con las demás al mediodía siguiente, al paso que las turcas forzaban la marcha hacia Candía, adonde llegaron; las de Aragón aparecieron en las crucetas de Alejandría, haciendo considerable daño y acabando la campaña con presa de 10 caramuzales gruesos ricamente cargados ¹.

Embrolló por entonces la situación de Italia la política solapada de los venecianos, no descubierta en Madrid hasta tener noticia del convenio hecho con los holandeses, por el que recibirían un cuerpo de ejército auxiliar de 4.000 hombres conducido en 21 naves. El Gobierno vacilaba en llegar á un rompimiento, despachando, entre muchas órdenes contradictorias, la de que cerrara el estrecho de Gibraltar el Marqués de Santa Cruz con las galeras de España, y se apresantaran las de Sicilia y Nápoles para estorbar la entrada en el Adriático á la escuadra de las Provincias Unidas; la de que unas y otras galeras se retiraran «por no ponerlas á notable riesgo», siendo de considerar la que con carácter reservado recibió el Duque de Osuna, mandándole que con los bajeles redondos que tenía hiciera la facción como cosa suya, sin dar á entender que el Rey lo supiera ².

Bastando á D. Pedro Girón que se hubiera conocido en la Corte la razón de sus advertencias, escribía sencillamente al dar cuenta de la marcha de la escuadra hacia Brindisi: «Si hallasen las naves ocasión de pelear con igualdad, lo harán; pero si la ventaja fuese demasiada (en los venecianos), mostrarán que van en busca de corsarios, por cuyo respeto no me ha parecido arbolar el estandarte de V. M.; y porque formen la queja de mí, con que V. M. quedará más desempeñado para lo que fuese servido ordenarme.» Es decir, que, en evento desgraciado, con desaprobar la conducta del Virrey y hacer caer sobre él la responsabilidad, sin descréditos de

¹ Refirió un soldado haberle tocado 1.500 escudos de parte en esta presa.

² Es conveniente la lectura de las órdenes, comentadas en mi libro de referencia.



la nación se podía prolongar el estado de paz con Venecia, al paso que el éxito redundaría siempre en gloria del Rey.

Francisco de Rivera continuó en el Adriático su carrera de hazañas con interrupción por las alternativas y vacilaciones del Gobierno, contrarrestadas con la entereza del Duque. Llegó á reunir 18 galeones, 33 galeras y cuatro bergantines; habiéndose juntado con D. Pedro de Gamboa y Leiva, jefe superior, cañoneó á la armada veneciana dentro del puerto de Lesina; hizo desembarco de gente á las puertas de esta ciudad; incendió pueblos, taló campos, destruyó los barcos del tráfico, se avistó al fin con la escuadra que mandada el generalísimo de la República, sin que éste, puesto á barlovento con 76 bajeles, aceptara la batalla; por último, apresó el convoy que traían de Levante, tocándoles en lo más sensible.

Publicadas en Milán las paces con Saboya y cerradas al mismo tiempo en Madrid las negociaciones que ponían término á la guerra entre el rey de Bohemia y venecianos, tuvo Osuna órdenes terminantes de hacer salir las naves del Adriático y devolver las presas que habían hecho, originando la segunda parte contestaciones y desavenencias que en extremo llevaron de nuevo al dicho mar á Rivera, en Noviembre de 1617, con 17 galeones, quedando en reserva las galeras. Los venecianos le atacaron con fuerza cuadruplicada, contentándose con la guerra galana de lejos sin procurar resultado decisivo.

Es hecho curioso entre los que la historia registra, el estado de guerra entre las armadas de Nápoles y de Venecia, estando en paz ésta con España y manteniéndose en las respectivas Cortes Embajadores que ofrecían continua seguridad de amistosas disposiciones. La explicación es larga y enojosa por cuanto acaba con demostración de que al sentir la soberbia veneciana daño, humillación y ridículo, sin poder reivindicar el concepto marinerero, minó por tierra, en la propia capital de España, á su enemigo temible, atándole las manos.

Ocurrió entonces el suceso misterioso dicho *Conjuración de Venecia*, insigne farsa inventada por el Senado en opi-



nión de eminentes escritores; golpe teatral de autoridad y fuerza discurrido para hacer odioso el nombre español, según otros. Los más de los nuestros niegan que el Duque de Osuna tuviera que ver en el asunto; con sentimiento me aparto de su parecer, formada la convicción de haber sido plan grandioso del Virrey, que pudo realizarse, el de sorprender y aniquilar con un golpe de mano á la ciudad aborrecida ¹.

La correlación de los sucesos en el Adriático obliga á pasar por alto muchos que merecieran relación difusa; el combate y victoria de tres galeras contra seis de turcos en la costa de Calabria, que dió prez á D. Pedro Pimentel; la prisión del bajá de Chipre en su gobierno; las sorpresas, las acometidas con que se devolvían á los mahometanos cada día los daños que tiempo atrás nos habían causado. Hasta las costas de Valencia llegó en los cruceros D. Octavio de Aragón, desde los Dardanelos, destruyendo entre grandes y chicos veinte corsarios, los más tripulados por moriscos de los que se echaron de Valencia, con un tal Cuartanet ó Aly Zaide por jefe.

Entrado el año 1619 se publicó el tratado de confederación entre venecianos y holandeses, causa de mucho cuidado en Madrid y del envío de un cuerpo de ejército auxiliar al archiduque Fernando, transportado desde Nápoles á Trieste por el almirante Rivera. Acaso influyó también para concertar una Liga contra el turco aprontando el Papa seis galeras, otras seis el gran duque de Toscana, seis la religión de Malta, cuatro Génova y 38 España, comprendidas las escuadras de Sicilia y de Nápoles, reuniéndose en este puerto las 60 y 12 naos, al mando general del príncipe Filiberto de Saboya, bastante desairado en su cargo durante la guerra con su padre.

El Consejo de generales de la Liga acordó expugnar á Susa, pensando hallar á la plaza desprevenida; el viento favoreció la navegación; el desembarco se verificó felizmente, y no obstante, rechazados los asaltos ordenó la retirada el Prín-

¹ Libro citado.



cipe, pasando por Cérigo á vista de la escuadra turca sin atacarla, con pretexto de estar infestada de peste y no exponerse al contagio, con lo que volvió á Nápoles, donde los críticos compararon sus desgraciadas empresas con las de Osuna, que jamás reunió tantos bajeles.

No dejaron de surtir su efecto las hablillas en la Corte; el Duque, cumplido ya el tiempo de su virreinato, recibió órdenes ineludibles de deshacer su escuadra particular, aunque en memorial extenso hubiera referido los servicios que prestó y que, llegando á veces á ser de 20 galeones, 20 galeras y 30 buques menores, inmejorables, no distrajeron un real de las rentas de la Corona.

Todavía consiguió algo de lo que se propuso al crear modelos sometidos á experimentación, pues con las modificaciones que introdujo vinieron á destruirse en la marina real prácticas antiguas inconvenientes; la principal, la de nombrar un solo capitán por bajel en vez de los dos, de mar y guerra, que la rutina mantenía.

«Los defectos de esa gran figura (he escrito) cuente el que se ocupe de su vida, y brille aquí adornada de la corona naval que ninguna otra le disputa en nuestra historia. La de don Alvaro de Bazán, en la ejecución; la de D. García de Toledo, en la energía; la de D. Diego Brochero en la organización; las de Patiño y Ensenada, en el pensamiento, no la exceden; pues llegó el Duque á reunir las condiciones de estos ilustres próceres, sin que ellos ni otro alguno, antes ó después, alcanzara á discernir mejor qué cosa es marina militar, cómo se forma, para qué sirve, qué aprovecha.»

Quevedo condensó sus triunfos en este soneto:

«Diez galeras tomó, treinta bajeles,
Ochenta bergantines, dos mahonas;
Aprisionóle al turco dos coronas
Y los cosarios suyos más crueles.

»Sacó del remo más de dos mil fieles,
Y turcos puso al remo mil personas;
Y tú, bella Parténope, aprisionas
La frente que agotaba los laureles.



»Sus llamas vió en su puerto la Goleta;
Chicheri y la Calivia saqueados,
Lloraron su bastón y su jineta.

»Pálido vió el Danubio sus soldados,
Y á la Mosa y al Rhin dió su trompeta
Ley, y murió temido de los hados.»





Cristóbal de Rojas.

